

EL APOSTOLADO: CONTEMPLATIVOS EN MISIÓN

SANTIAGO SIERRA RUBIO, O.S.A.

I. ARMONÍA ENTRE ACCIÓN Y CONTEMPLACIÓN

Hay quienes ven la acción y la contemplación como dos polos contrarios y excluyentes. Ciertamente, si se desarrollan de forma unilateral pueden anularse mutuamente; la contemplación degenerar en pasividad indolente y la acción convertirse en un puro mecanismo operativo sin consistencia. San Agustín, por el contrario, pretendió la síntesis y atender a una y otra en su vida. Repite con cierta frecuencia que "la Iglesia tiene conocimiento de dos vidas que le han sido predicadas y encomendadas por divina inspiración, de las cuales una vive en la fe y la otra en la contemplación; la una en el tiempo de peregrinación, la otra en la eternidad de la mansión; la una en el trabajo, la otra en el descanso; la una en el camino, la otra en la patria; la una en el trabajo de la actividad, la otra en el premio de la contemplación; la una se aparta del mal para obrar el bien, la otra no tiene mal alguno que evitar y tiene un gran bien de que gozar; la una se bate con el enemigo, la otra reina sin enemigo; la una se hace fuerte en las adversidades, la otra no siente nada adverso; la una refrena las concupiscencias carnales, la otra se entrega a los deleites espirituales; la una se afana por conseguir la victoria, la otra vive segura en la paz de la victoria; la una necesita ayuda en las tentaciones, la otra sin tentación alguna se goza en su protector; la una socorre al necesitado, la otra está donde no hay necesidades; la una perdona los pecados ajenos para que le sean perdonados los propios, la otra no tiene qué perdonar ni qué le sea perdonado; la una es sacudida en los males para que no se engría en los bienes, la otra por la plenitud de la gracia carece de todo mal para que sin peligro alguno de soberbia esté adherida al sumo Bien; la una debe discernir entre el mal y el bien, la otra sólo contempla el bien; en conclusión, la una es buena, pero aun llena de miserias; la otra es mejor y bienaventurada " (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 124,5). Después de esta larga descripción de los dos géneros de vida, podríamos pensar que la separación entre ambos es absoluta y se impondría la elección entre uno u otro. Para Agustín, sin embargo, acción y contemplación no son caminos irreductibles.

Se sabe que san Agustín es una persona con una tendencia clara hacia la dimensión sapiencial y contemplativa de la vida. Se lamenta en sus escritos de que no tiene tiempo para el estudio y la reflexión. Repasando su biografía, sin entrar demasiado en detalles, vemos que siente un atractivo particular hacia el ocio santo y que, al menos en la primera parte de su vida de convertido, se centró en el estudio.

En Tagaste, Agustín hace una experiencia de contemplativo, desea "deificarse en el retiro" y dice que es "del retiro de donde brota el gozo sólido que no admite comparación con las restantes alegrías de la vida" (*Carta* 10,2). La vida en Tagaste se va desgranando en la oración, en el estudio y en el trabajo, que es propiamente una vida de contemplación (cf. *El trabajo de los monjes* 29,37). La vida contemplativa es descanso en Cristo, ocio santo, sondear los tesoros de los

secretos divinos: "En efecto, nadie me superaría en ansias de vivir en esa seguridad plena de la contemplación, libre de preocupaciones temporales; nada hay mejor, nada más dulce que escrutar el divino tesoro sin ruido alguno; es cosa dulce y buena" (*Sermón 339,4*).

La vida contemplativa es una cierta anticipación de lo que será la vida eterna, la vida del más allá en la compañía de Dios: "María escogió la mejor parte. Tú no la elegiste mala, pero ella la eligió mejor. Escucha por qué es mejor: porque no le será quitada. Algún día se te quitará a ti el peso de la necesidad; la dulzura de la verdad, en cambio, es eterna. Por tanto, no se le quitará lo que eligió. No se le quitará y se le aumentará. En esta vida se aumenta, en la otra alcanzará la perfección, pero jamás se le quitará" (*Sermón 103,5*; cf. *Sermón 104,3*; *Comentario literal al Génesis 4,14,25*).

La vida contemplativa no es una vida inútil, sino al servicio de la Iglesia, de los fieles. Agustín, metido de lleno en la vida apostólica, presenta, con frecuencia a sus fieles en tercera persona lo que son sus anhelos y profundas aspiraciones: "Luego, ¿qué dice este amante? No puedo soportar los ultrajes de los hombres, rechinan sus dientes, se dejan llevar del furor, montan en cólera, con su ira me amilanan, no puedo serles útil. ¡Ojalá descansa en algún sitio apartado corporalmente de ellos, mas no por el amor, para que no altere en mí el amor! No puedo favorecerles con mis palabras y conversaciones; tal vez orando por ellos les aprovecharé. Estas cosas dicen los hombres; pero muchas veces de tal modo se hallan atados, que no pueden volar" (*Comentarios a los Salmos 54,8*). La vida contemplativa no es una huida para amar menos, sino que por el amor están cercanos todos los hombres.

De hecho, Agustín pide a los monjes de la isla Cabrera que le tengan presente en sus oraciones, para que le sea más llevadera la carga que le han impuesto: "Os amonesto, pido y suplico, por la excelsa humildad y misericordiosa excelsitud de Cristo, que me tengáis presente en vuestras santas oraciones, pues creo que son más sobrias y vigilantes que la mía. Porque la tiniebla y el tumulto de los negocios seculares me la menoscaba y enerva. No es que los negocios sean míos, pero son de aquellos que me obligan a ir con ellos mil pasos; y todavía se me manda que los acompañe otros dos mil. Son tantos los pleitos que caen sobre mí, que apenas puedo respirar. Creo, sin embargo, que Aquel a cuya presencia entran los gemidos de los encarcelados me liberará de toda angustia mediante vuestras oraciones, si persevero en el ministerio en que se ha dignado colocarme con promesa del premio" (*Carta 48,1*).

A principios del año 391, Agustín se ve obligado a aceptar la carga del ministerio sacerdotal en Hipona y las cosas se complican aún más. A partir de este momento, tendrá que preocuparse de los problemas de la comunidad católica y el apostolado comienza a ocupar el primer puesto. No había pensado en esto, aunque lo temía; y así se lo dice unos años más tarde a sus fieles de Hipona: "Yo, en quien por misericordia de Dios veis a vuestro obispo, vine siendo joven a esta ciudad. Muchos de vosotros lo sabéis. Buscaba dónde fundar un monasterio

para vivir con mis hermanos. Había abandonado toda esperanza mundana y no quise ser lo que hubiera podido ser; tampoco, es cierto, busqué lo que soy... Hasta tal punto temía el episcopado que, cuando comenzó a acrecentarse mi fama entre los siervos de Dios, evitaba acercarme a lugares donde sabía que no tenían obispo" (*Sermón 355,2; Carta 21,2; Vida de San Agustín escrita por San Posidio 4*).

Aceptado el ministerio, diríamos que la búsqueda agustiniana de Dios se convirtió poco a poco en apostólica. Comienza a comprender de una manera nueva el misterio de la Iglesia, se percata de sus apremiantes necesidades; en este momento Agustín ve que la Iglesia es la prolongación del misterio de salvación en la historia, es la realidad que desvela el plan divino de salvación: "De esta realidad quiso que fuera sacramento cotidiano el sacrificio de la Iglesia, que, siendo cuerpo de la misma cabeza, aprendió a ofrecerse a sí misma por medio de El" (*La ciudad de Dios 10,20*).

Por otra parte, en la Iglesia de la que es pastor, se encuentra con fieles tibios y clero bastante ignorante. Halla divisiones por las herejías y los cismas. Agustín comprende que se necesita una reforma profunda y se ve obligado a abrirse a la *eclesialidad*. Descubre principios que serán decisivos para todas las orientaciones posteriores; por ejemplo, que si es verdad que nadie puede anteponer sus propios intereses a los de Cristo, tampoco pueden anteponerse a los de la Iglesia que es su Cuerpo Místico y su continuación en la historia. Esto supone la entrada del principio eclesial como criterio de discernimiento para todo cristiano.

Después de la aceptación del ministerio, la actividad sacerdotal y los afanes apostólicos constituyen, esencialmente, la vida cotidiana de Agustín y de sus clérigos (cf. *Carta 213,5; 110; 98,1*). Están consagrados a sus fieles y son sus siervos, como lo testimonia en numerosas cartas (cf. *Cartas 55,1; 55, 38; 98,8; 51,1; 52,1; 60,5...*). Podemos afirmar que la vida de los clérigos y de Agustín fue preferentemente activa. No obstante toda su actividad, Agustín sigue siendo un alma contemplativa. Suspira por el retiro y la contemplación y en esta tensión vive todo su quehacer. Sentirá siempre una gran nostalgia por la vida contemplativa.

En los primeros años de su vida activa, Agustín, ante los primeros fracasos, piensa seriamente que se ha equivocado y siente la tentación de retirarse a la soledad; si no lo hizo fue porque comprendió que los intereses de Cristo están por encima de los propios: "Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: 'Por eso murió Cristo por todos, para que los que vivan ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos'" (*Confesiones 10,43,70*).

Deseaba ser liberado de los trabajos de la vida activa: "Por lo que toca a mí comodidad, preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas, y disponer de las restantes horas libres para leer, orar, escribir algo acerca de las divinas Escrituras, en lugar de sufrir las turbulentas angustias de los pleitos ajenos acerca de negocios seculares, que hay que dirimir con una sentencia o hay que arreglar con una

intervención..., y, con todo, yo acepto este trabajo, y no sin el consuelo del Señor, por la esperanza de la vida eterna y para dar mi fruto con tolerancia. Esclavo soy de la Iglesia, máxime de sus miembros más débiles, sin que importe saber qué clase de miembro soy yo mismo" (*El trabajo de los monjes* 29,37).

Que Agustín siente una santa envidia por la vida retirada y contemplativa, es evidente: "Quisiera alejarme, pues soy débil, no sea que quedándome acumule pecados a pecados; o a lo menos quisiera apartarme un poco del trato de los hombres a fin de sanar por el ejercicio, no sea que mi vida soporte golpes mayores. Esto acontece, hermanos, y por eso muchas veces brota, en el alma del siervo de Dios, el deseo de la soledad sólo por causa de la infinidad de tribulaciones y tropiezos" (*Comentarios a los Salmos* 54,8).

Con frecuencia, dirá Agustín, el apóstol pide alas de paloma para poder descansar: (cf. *Comentarios a los Salmos* 54,8-9). A lo largo de la correspondencia de Agustín vuelve, como una sintonía, la misma queja: "No tengo tiempo para el estudio y la oración, las ocupaciones me desbordan". Leyendo sus cartas se comprende el sacrificio enorme que hizo este pensador, este contemplativo, cuando, por orden de la Iglesia, aceptó dirigir la comunidad local y tomó sobre sus hombros las cargas de la acción (cf. *Cartas* 189,1; 224,1; 258,1; 147,1; 261,1...).

Por temperamento, por formación y por convicción, Agustín es un alma contemplativa, pero los dones de su espíritu comunicativo deben de ser ofrecidos a los demás, como se nos demuestra en múltiples momentos y nos lo confirma su biógrafo (*Vida escrita por Posidio* 3). Es consciente que sólo comunicando gratis lo que se recibe gratuitamente, se entra en el dinamismo divino (cf. *La doctrina cristiana* 1,1; *Confesiones* 12,23,34; *Comentarios a los Salmos* 72,34). Es decir, encontramos en él ciertas actitudes que terminaron por orientarle hacia la vida apostólica de forma clara. Entre estas actitudes podemos destacar:

- El temperamento de Agustín, en primer lugar, era extraordinariamente comunicativo. Tenía necesidad de los amigos como el aire para respirar, su mundo interior le empujaba a la comunicación. De hecho, poco después de la conversión, buscaba el mejor modo de servir a Dios en la Iglesia; había observado que, dentro de la Iglesia, no todos tomaban el mismo camino. Admiraba a los eremitas que dejaban la compañía de los hombres para vivir en la soledad del desierto dedicados exclusivamente a la penitencia y a la contemplación, pero su carácter comunicativo le hace comprender que él no está hecho para el eremitismo, que esta realidad supera sus fuerzas y sus inclinaciones vocacionales (cf. *Las costumbres de la Iglesia católica* 1,30,64; *Id.* 1, 31,67).

El cenobitismo cuenta con toda su admiración. Probablemente esta simpatía se explique desde su sociabilidad; de hecho da mucha importancia a la amistad, a la fraternidad, a la comunicación de bienes y la unión de corazones en la vida religiosa. Estas realidades que hemos enumerado, valoradas en gran medida por Agustín, no tienen fecha de caducidad ni están sujetas a la variedad de la moda, aunque también es verdad que en cada época sea necesario poner los propios acentos; de todas las maneras, la amistad, la fraternidad y la comunión serán

también hoy los grandes pilares para vivir el agustinismo y mantener encendida la antorcha que prendió Agustín para bien de la iglesia.

- Por otra parte, Agustín ha sido siempre, probablemente también por temperamento, un auténtico *proselitista*; y esto porque tiene necesidad de comunicar a los otros los descubrimientos de su inteligencia y las novedades de su corazón inquieto. El *proselitismo*, o capacidad persuasoria de Agustín, se hace más viva y actuante cuando trata de compartir los valores capaces de dar sentido a la existencia humana.

Decimos que Agustín es *proselitista* y pensamos en su etapa antes de convertirse. Sin embargo, después de convertido, su proselitismo se convierte en actividad apologética y misional incluso con justificación teológica: *"El Agustín polemista es inseparable del Agustín pastor de almas. La polémica es para él el reverso del apostolado. Apóstol de un celo devorante y de una ortodoxia intransigente, no puede evitar entrar en conflicto con los que, insensibles a una verdad para él cegadora, le parecía que intentaban conducir a sus tinieblas a todos aquellos africanos a los que se sintió llamado a revelar la Luz. Digamos todavía más: Agustín es polemista porque es apóstol, por vía de consecuencia y a pesar de él. Todo intento de infravalorar el primer término equivaldría a poner en discusión el segundo. Tanto peor para los tibios. De cualquier forma, Agustín no les convendría. Tanto peor para los que tienen horror del proselitismo (esa tendencia manifestada por el hombre deslumbrado por la verdad a querer que otros comulguen en la misma revelación). Agustín no puede menos de presentarseles como intolerable e intolerante, y esto en la medida en que, habiendo experimentado mayores penas y empleado más tiempo en encontrar la verdad, intenta evitar a su prójimo sus propios desvíos y hacerle quemar etapas que conducen al mismo y único Amor. Inútil, por tanto, esperar de Agustín una forma de actuar más temperante. El es el hombre que durante toda su vida trastornó los seres que encontró"* (MANDOUZE, A., *L'aventure de la raison et de la grâce*, París 1968, p.333).

Sin desmentir el texto anterior, tenemos que decir que el método empleado no siempre ha sido la confrontación. A pesar de que con los maniqueos tiene razones suficientes para ser duro, no en vano estuvo nueve años atrapado en sus redes, sin embargo, posiblemente acordándose de la paciencia que tuvieron con él personas como Ambrosio, Mónica..., les habla con el corazón en la mano, sin reproches; comprende como nadie, lo difícil que es estar en el error sin encontrar caminos de salida. De hecho, les dice que la experiencia que ha vivido le impide ser cruel con ellos, pero les invita a una discusión pública (cf. *Réplica a la carta de Manés llamada "del Fundamento"*, 2-3). A Agustín le interesa la verdad y por ella hace todo: "No trato de que nadie sea obligado por la fuerza a entrar en la comunión católica, sino de que la verdad evidente se patentice a todos los que yerran, para qué, por mi ministerio y con el auxilio de Dios, la misma verdad manifiesta se haga abrazar y seguir" (*Carta 34*, 1).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cómo compaginar la vida centrada en Dios con la práctica de obras de caridad?

- ¿El apostolado activo no será un impedimento para la vida de oración?
- ¿Cuál es tu experiencia sobre este tema?
- ¿Crees que los cristianos tenemos conciencia de que estamos llamados al apostolado?

II. LA FRATERNIDAD, LUGAR DE EVANGELIZACIÓN, PRIMERA MISIÓN Y RADICAL APOSTOLADO

El individualismo es la gran tentación y hoy también un gran problema. Se infiltra en nuestras vidas sin darnos cuenta y destroza toda la posibilidad de crear la comunidad; por eso es necesario estar muy atentos a las actitudes individualistas y egocéntricas. Desde este punto de vista, el apostolado hacia fuera no será otra cosa que la necesidad experimentada de transmitir a los demás esas riquezas que hemos adquirido. No comunicar a los demás esas riquezas que hemos adquirido o se nos han dado, es condenarse a perderlas, porque el ser agradecidos, como nos dirá Agustín, lleva consigo transmitir a otros la misma vida que se ha recibido gratis y que sólo se alimenta y crece si se transmite: "Si manifiestas tu vida para que te aproveche a ti y no a otros, te manifiestas a ti mismo, no a Dios. Por el contrario, si manifiestas de tal modo tu vida que induces a otros a recibir la vida que tu recibiste, manifiestas tu vida a Aquel de quien la recibiste y tendrás una gran recompensa, porque no fuiste desagradecido por haberla recibido" (*Comentarios a los Salmos 55,14*).

En el oasis de la fraternidad, donde se ha superado todo individualismo y las personas se ayudan mutuamente, es donde se comparten sentimientos e ideas, victorias y derrotas, esperanzas y desilusiones: "No quiero yo sólo engrandecer al Señor; no quiero yo únicamente amarle; no quiero entregarme yo sólo a El, pues no temo que, si yo soy abrazado por El, no pueda echar a otro las manos. Tanta es la amplitud de la Sabiduría de Dios, que todas las almas pueden ser abrazadas y gozar" (*Comentarios a los Salmos 33, s.2,6*). La necesidad mayor es comunicar a otros la experiencia del propio encuentro con Dios, es decir, la necesidad interior de gritar a todos la alegría del propio encuentro con Cristo, para animarles a que también hagan la misma experiencia, o mejor, para que juntos vuelvan a experimentar ese encuentro plenificante que transforma toda la vida; sólo así la adhesión a la llamada de Cristo será plena: "Llama gozo pleno al que hay en esta sociedad, en esta caridad, en esta unidad" (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan 1,3*). Por eso Agustín dice: "Amad a todos los hombres, incluso a vuestros enemigos, no porque algunos ya sean hermanos, sino para que los que no lo son lo sean. Arded siempre con amor fraterno, ya para con el que es hermano, ya para con el enemigo, a fin de que amándole se haga hermano. Siempre amáis al hermano, amáis al amigo. Ya está contigo, ya está unido a ti en la unidad católica. Si vives bien, amas al que de enemigo se convirtió en hermano... Luego todo nuestro amor fraterno se encamina hacia los hermanos, hacia todos los miembros de Cristo" (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan 10,7-8*).

Se trata de ser transmisores de lo que hemos recibido gratis y de ser fieles al principio general que Agustín siempre defendió: pensar en los demás. Agustín recomendaba a sus fieles que no se diesen reposo, que no descansaran hasta que ganasen a todos para Cristo: "Si eres frío e indolente, no miras más que a ti mismo y con esto estás contento, y llegas hasta hablar así en tu corazón: ¿Qué tengo yo que ver con los pecados ajenos? Tengo bastante con mi alma, y ojalá que la conserve incólume para Dios. ¡Vamos!, te digo yo, ¿no se te viene a las mientes el siervo aquel que escondía el talento y que no quiso negociar con él? ¿Se le condenó acaso por haberlo perdido y no por haberlo guardado sin fructificar? Entenderlo, pues, hermanos míos, de tal forma que no os deje descansar. Os voy a dar un consejo, mejor dicho, que os lo dé el que está dentro, porque, aunque os lo dé por mí, El es el que lo da. Sabéis lo que cada uno de vosotros tiene que hacer en su casa con el amigo, con el inquilino, con su cliente, con el mayor y con el menor. Pues bien, en la medida que os da Dios acceso, en la medida que os abre la puerta con su palabra, en esa medida no os deis momento de reposo por ganarlos para Cristo, ya que vosotros habéis sido ganados por Cristo" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 10,9).

La vida apostólica tiene su raíz en la doctrina del Cuerpo Místico; mientras unos trabajan en la viña del Señor, estos mismos reposan en la caridad de los que moran en el monasterio (cf. *Carta* 48). Todos cooperamos a la edificación del Cuerpo de Cristo, del Cristo Total, pero cada uno en su puesto y todos desde el propio ser: "Él que formó uno a uno sus corazones. Por el poder de su gracia, por la obra de su misericordia, formó los corazones, modeló nuestros corazones, los formó uno a uno, dándonos un corazón particular sin que rompiesen la unidad. Como todos los miembros se han formado en particular y tienen peculiar operación... (...) y, no obstante, viven en la unidad del cuerpo... (...) no oponiéndose entre sí; del mismo modo, en el cuerpo de Cristo, cada hombre de por sí goza como miembro particular de sus propios dones, porque Aquel que eligió para sí el pueblo en heredad formó sus corazones uno a uno... Como en nuestros miembros hay obras diversas, y una es la salud, así en todos los miembros de Cristo existen dones distintos, pero un solo amor. El que formó uno a uno los corazones de los hombres" (*Comentarios a los Salmos* 32, 2, s.2, 21).

III. TODOS ESTAMOS AL SERVICIO DE LA IGLESIA

Es, o debe ser a través de la fraternidad, de nuestro ser comunidad eclesial, cómo ejercemos nuestro apostolado. Esto para Agustín es algo tan elemental que, si repasamos su itinerario, nos daremos cuenta que en todas las necesidades apostólicas de la Iglesia que ha tenido que atender, si algo ha mantenido es la vida de fraternidad; es más, toda su actividad apostólica la basaba en la vida comunitaria.

• **Arrastrad a todos.** La vocación de la iglesia a la universalidad es también la vocación de cada uno de sus miembros, es decir, todos y cada uno de los fieles debemos tener la preocupación de ganar para Dios a todos los hombres de todos

los pueblos, no podemos conformarnos con los que ya hemos conocido y aceptado la Buena Noticia del Reino. Para Dios, y debe ser también para nosotros, los que aún no creen son también candidatos a la Iglesia: "Siendo tal tú, anuncias a Cristo. ¿Qué fiel no anuncia a Cristo? Atienda vuestra caridad, ¿Pensáis que sólo nosotros, que estamos de pie aquí, anunciamos a Cristo y que vosotros no lo anunciáis? ¿Cómo es que vienen a nosotros, queriendo ser cristianos, aquellos a los que nunca vimos, aquellos a los que no conocemos, aquellos a los que jamás hemos predicado? Pero ¿creyeron sin haberles nadie anunciado la palabra de Dios? El Apóstol dice: ¿Cómo creerán a aquel que no oyeron y cómo oirán, si no hay quien predique? Luego toda la Iglesia predica a Cristo y los cielos anuncian su justicia, porque todos los fieles, para quienes es un deber ganar para Dios a los que aún no han creído, si lo hacen por caridad son cielos... Arrebatad, conducid, arrastrad a cuantos podáis. Estad seguros que los lleváis hacia Aquel que no desagrada a los que le contemplan y rogad que los ilumine y que miren bien" (*Comentarios a los Salmos* 96,10).

Tenemos que decir con san Agustín que una de las misiones más importantes que tienen los miembros de la Iglesia es conquistar a otros miembros para esta Iglesia, pero esta misión la reciben del mismo Cristo, porque son enviados por Él para ganar a otros; así hemos nacido nosotros (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 31,11). Es la misión del amor, es decir, si amamos a Dios, no podemos por menos de hablar de Él a todos los que nos encontremos y de llevarlos hasta Él: "Ama gratuitamente a Dios. No rehúses llevar a Dios a cuantos puedas. Arrastrad a Él a cuantos podáis, a cuantos le habéis de poseer" (*Comentarios a los Salmos* 72,34). Cuando decimos que es la misión del amor el comunicar a otros las grandes riquezas encontradas, estamos diciendo que no amamos a nuestros hermanos si no les llevamos a que amen a Dios. Y es que "nadie ama al prójimo sino quien ama a Dios y trata con todas sus fuerzas de que ame también a Dios ese prójimo a quien ama como a sí mismo. Si no, no se ama a sí mismo ni al prójimo" (*Carta* 167,16).

Evidentemente, esto exige esforzarse: "Tratemos, pues, con todas nuestras fuerzas de que lleguen también a Él aquellos a los que amamos como a nosotros mismos, si amando a Dios sabemos amarnos a nosotros mismos" (*Carta* 155,14). En la carta que escribe a Leto, Agustín le habla de la mies del Señor e invita al joven a ser evangelizador de los pobres, superando toda tibieza, pero siempre desde el orden en el amor: "Si tienes ordenada la caridad, has de saber anteponer lo mayor a lo menor y dejarte mover por la misericordia, para que sean evangelizados los pobres, para que no quede a merced de las aves por falta de segadores la copiosa mies del Señor, para tener preparado el corazón a seguir la voluntad de Dios, tanto en los dolores como en los favores que dispensa a su siervo." (*Carta* 243,12).

- **Ser Iglesia.** Lo que la Iglesia es para nosotros, debe también serlo a través de nosotros: "La Esposa sois vosotros mismos, si amáis lo que ama ella; y amáis lo que ama ella si pertenecéis a ella... Os amonesto y ruego por la santidad de estas nupcias que améis a esta Iglesia, y permanezcáis en esta

Iglesia, y seáis de esta Iglesia. Amad al Buen Pastor, el bello Esposo que a nadie engaña, que a nadie quiere ver perdido. Rogad también por las ovejas descarriadas, para que también ellas vengan a nosotros y reconozcan y amen la verdad, y no haya sino un solo rebaño y un solo pastor" (*Sermón* 138,7 y 10). En el fondo, lo que está diciendo Agustín es que los miembros de Cristo tienen la obligación de comunicar la buena noticia que ellos han recibido y así aumentar los miembros de Cristo hasta llegar al Cristo Total: "Cuando comenzare Cristo a habitar en el interior del hombre por la fe y comenzare el invocado a poseer al que confiesa, se constituye el Cristo total, cabeza y cuerpo, y de todos se hace uno... Cristo se predica a sí mismo, se predica también en sus miembros ya existentes para atraer a otros, para que asimismo se acerquen los que aún no eran y se unan a sus miembros, por los cuales se predicó el Evangelio; y así se forme un solo cuerpo bajo una sola cabeza, con un mismo espíritu y una sola vida" (*Comentarios a los Salmos* 74,4).

La Iglesia, que es nuestra madre, sufre el acoso y el ataque permanente de los falsos hijos, por eso pide a sus hijos auténticos que la defiendan y la ayuden en la tarea de cuidar de todos, que superen su estado infantil y se pongan a trabajar (cf. *Carta* 243,8). Dirigiéndose a sus fieles cualificados que se dedican al ocio santo, les dice que tiene necesidad de ellos para que la caridad se extienda a todos los hombres: "Tú reposas, y la puerta está cerrada para mí; tú te entregas al ocio, que pocos pueden tener, y, mientras tanto, la abundancia de la impiedad entibia en muchos la caridad. (...) Ábreme, hermana mía por mi sangre, próxima mía por mi acercamiento, paloma mía por mi espíritu, perfecta mía por mi doctrina, que con mayor plenitud has aprendido en tu reposo; ábreme, predícame. ¿Cómo he de entrar a aquellos que me cerraron la puerta, sin que haya quien me la abra? ¿Cómo han de oír, si no hay quien les predique?" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 57,4).

PARA EL DIÁLOGO

- El servicio a la Iglesia implica el anuncio misionero, ¿cómo lo hacemos nosotros?
- ¿Qué actitudes son hoy más necesarias en la evangelización?
- ¿Cómo ganar a otros miembros para Cristo? ¿Qué gestos son más convincentes apostólicamente?

IV. LA IMPORTANCIA DEL EJEMPLO PARA UN APOSTOLADO SERIO

Agustín concede mucha importancia al ejemplo, como forma de apostolado. De hecho, para él seguimiento y evangelizar desde el propio testimonio es la misma cosa, y es que todos tienen la obligación de transparentar lo que han recibido como don. Se sigue más a los testigos que a los maestros. Es decir, somos más sensibles a los ideales que se encarnan, a la coherencia entre la doctrina y la vida. Agustín sabe por propia experiencia que los maniqueos utilizaban como artificio para seducir a los sencillos y atraerlos a su escuela el presentar "la ficción de una vida pura y de continencia admirable" (*Las costumbres de la Iglesia católica*

1,1,2). El talante de Agustín con relación a lo que estamos diciendo, lo podemos descubrir en textos como estos: " ¿Qué he de hacer? ¿Cómo he de obrar? ¿Qué puedo decir? ¿Con qué punzadoras amenazas, con qué ardientes exhortaciones moveremos los corazones duros, perezosos y helados por el hielo del pasmo terreno para que sacudan de una vez la modorra del mundo y se inflamen en el amor de lo eterno? ¿Qué puedo decir? Se me ocurre entre tanto que los mismos acontecimientos cotidianos me están advirtiéndome y sugiriéndome lo que he de decir. Pasa, si te es posible, del amor de esta vida temporal al amor de la eterna, la que amaron los mártires, que despreciaron esta temporal. Os ruego, os suplico, os exhorto, no sólo a vosotros, sino también a mí mismo, a amar la vida eterna. A pesar de que se merezca mayor amor, sólo pido que la amemos como aman la vida temporal sus amantes, no ya como la amaron los santos mártires, pues éstos no la amaron en absoluto o muy poco y con facilidad la antepusieron a la eterna... Como aman la vida temporal los amantes, así hemos de amar nosotros la eterna, de la que el cristiano se proclama amador" (*Sermón 302, 2*).

- **La coherencia del cristiano.**

Para Agustín el problema no está en que los paganos defiendan otras cosas y pongan en tela de juicio las dimensiones de fe de los cristianos. El verdadero problema que le preocupa son los cristianos que confiesan una cosa de palabra y cumplen otra en la vida práctica; es el problema de la mediocridad y la incoherencia, el problema, por tanto, del divorcio entre la vida y la fe. Los que se llaman cristianos tienen que demostrarlo con sus obras, ya que el cristianismo no es una ideología, sino una forma de vivir, es decir, una vida, y será en la vida, en las costumbres, donde tenemos que mostrar lo que somos: "Quienes se llaman y no son, ¿de qué les aprovecha el nombre, si no tienen la realidad? ¡Cuántos se llaman médicos y no saben curar! ¡Cuántos se llaman serenos y se pasan toda la noche durmiendo! Así muchos se llaman cristianos y no aparecen tales en sus obras, porque no son lo que se llaman, es decir, en la vida, en las costumbres, en la fe, en la esperanza, en la caridad" (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan 4,4*). Para Agustín el cristiano ha de serlo a carta cabal, no puede apostatar de su fe, no puede ir contra su misma creencia (cf. *Anotaciones al libro de Job 15*).

Los cristianos materialistas fueron la espada clavada en el corazón de Agustín. Evidentemente vivir sólo de Dios, vivir contento con su Dios, no es para nada fácil; el cristiano que cumple, parece que no puede gozar de nada ni poseer nada a no ser su Dios. También hoy se piden a la Iglesia obras externas numerosas, obras sociales, apostolados de masa, y no oraciones con promesas y esperanzas de algo que no se tiene a la mano. ¡Cuidado!, no se puede reducir el plan divino de salvación a una obra de promoción social, dejándonos llevar de los cantos de sirena de una cultura laica y laicista, que aprecia esta Iglesia benéfica y filantrópica, con tal que se desprenda de su aparato doctrinal y moral. La Iglesia si renuncia al misterio del que vive, o lo privatiza reduciéndolo a la libre elección de cada conciencia, se derrota a sí misma en la medida en que triunfa. Lo importante es que cada uno se ponga en actitud de servicio: "Hermanos, no penséis que el Señor dijo estas palabras: 'Donde yo estoy, allí estará también mi servidor',

solamente de los obispos y clérigos buenos. Vosotros podéis servir también a Cristo viviendo bien, haciendo limosnas, enseñando su nombre y su doctrina a los que pudiereis, haciendo que todos los padres de familia sepan que por este nombre deben amar a la familia con afecto paternal. Por el amor de Cristo y de la vida eterna avise, enseñe, exhorte, corrija, sea benevolente y mantenga la disciplina entre todos los suyos ejerciendo en su casa este oficio eclesiástico y en cierto modo episcopal, sirviendo a Cristo para estar con Él eternamente" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 51,13).

Tal vez por esto Agustín recomienda unirse a los buenos para progresar juntos, porque los malos ejemplos de vida pueden hacer que perezcamos: "Uníos a los buenos cristianos. Hay también, y esto es lo peor, malos cristianos. No faltan quienes se llaman cristianos, sin serlo. Hay cristianos en quienes padecen ultraje los sacramentos de Cristo, que viven de tal manera que perecen ellos mismos y hacen perecer a otros. Perecen ellos por su mala vida; hacen perecer a otros dándoles malos ejemplos de vida. Por tanto, vosotros, amadísimos, no queráis uniros a ellos. Buscad los buenos y juntaos con ellos. Sed buenos" (*Sermón* 223, 1). Si algo pide a sus fieles es que sean fieles a lo que creen y vivan conforme a ello: "Muchas veces he dicho a vuestra caridad que de nada sirve dar a conocer la verdad si el corazón disiente de la lengua y que de nada aprovecha oír la verdad si a la audición no sigue la obra. Desde este sitio os hablo como desde un lugar más elevado; pero Dios, que se hizo indulgente a los humildes, sabe cómo estoy, por el temor, a vuestros pies" (*Comentarios a los Salmos* 66,10).

- **Ser testigos de la propia vocación.**

Hay personas que por amor de la vida eterna son capaces de abandonar los placeres de este mundo; estos son los que están más preparados para ayudar a los demás fieles a comprender esta vida eterna y a amarla con más intensidad. Se trata de encender la llama del amor que arde en el propio corazón en otras muchas personas, y es que el que no arde, no puede encender a otros: "Si el ministro no se inflama al predicar, no enciende a quien predica" (*Comentarios a los Salmos* 103,2,4). Es decir, aquel que ama a Dios, procura tener las mismas actitudes de Dios para con los demás hombres y no puede por menos de trabajar para que todos amen a Dios y se esfuercen por crecer en el amor y en la disponibilidad para el servicio: "Porque quien ama a Dios, no puede despreciar su mandato de amar al prójimo." (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 65,2).

La necesidad de la caridad puede hacer que uno, aunque prefiriese vivir en el ocio, tenga que esforzarse en las tareas apostólicas, porque lo que cuenta es la caridad. La razón profunda de esta orientación es que, de lo contrario, puede estar alimentando el egoísmo y la ociosidad: "La vida que se ocupa y afana en la contemplación a fin de ver por la inteligencia, con los ojos robustos de la mente, mediante las cosas creadas, las realidades no perceptibles por los sentidos, y otear de forma inefable el poder y divinidad sempiternos de Dios,

quiere desentenderse de toda ocupación y, en consecuencia, se vuelve estéril" (*Réplica a Fausto, el maniqueo 22, 54*).

El lugar donde habita Dios en la tierra es la Iglesia, como la tienda que se tiene en el tiempo de peregrinación: "Aquel que tiene la excelentísima casa en lo escondido, tiene también en la tierra el tabernáculo. Su tienda o tabernáculo en la tierra es su Iglesia, todavía peregrina. Pero aquí ha de buscarse, porque en el tabernáculo se encuentra el camino que conduce a la casa. Cuando vaciaba sobre mí mi alma para lograr ver a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque he de entrar en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Entraré en el lugar del tabernáculo, del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios. Pues yo admiro muchas cosas en el tabernáculo. He aquí cuántas cosas contemplo en él. El tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles. En ellos admiro la obediencia de sus miembros, porque no reina en ellos el pecado obedeciendo a sus deseos; ni prestan sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que se ofrecen a Dios vivo en las buenas obras; también observo que los miembros están bajo el dominio del alma para servir a Dios; asimismo contemplo al alma que obedece a Dios ordenando las obras de sus actos, refrenando la concupiscencia, deponiendo la ignorancia y ofreciéndose a soportar todas las tribulaciones y molestias, consagrándose ante todo a la justicia y a la caridad. Contemplo estas virtudes en el alma, pero aun me encuentro peregrino en el lugar del tabernáculo" (*Comentarios a los Salmos 41,9*).

V. A MODO DE CONCLUSIÓN : SIEMPRE ABIERTOS A LA ECLESIALIDAD

Para Agustín, las necesidades de la Iglesia han de estar por encima de todos los intereses personales. La Iglesia es criterio para saber lo que tenemos que hacer. Sus necesidades han de estar también por encima del deseo de contemplación y del retiro: "Si la Iglesia reclama vuestro concurso – les dice a los monjes de la isla Cabrera –, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni huyáis del trabajo con torpe desidia... No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado medio de nacer. Como entre el fuego y el agua hay que caminar sin ahogarse ni abrasarse, del mismo modo hemos de gobernar nuestros pasos entre la cima del orgullo y el abismo de la pereza" (*Carta 48,2*). De la misma manera, las necesidades de la Iglesia tienen que anteponerse a los vínculos de consanguinidad y de amistad, es decir, para Agustín lo importante es la Iglesia y ante ella no cuentan nuestros gustos y comodidades (cf. *Carta 84,1*). La Iglesia necesita a todos sus hijos para transmitir su doctrina y para defenderse de los falsos hermanos (cf. *Carta 243,9*).

El enamorado de la contemplación que desprecie el camino de la caridad para con el prójimo, esta amenazado de esterilidad. Será la caridad la que purifica la mirada interior y nos dirá si lo que hacemos es lo que tenemos que hacer. Cuando los que desean contemplar la verdad en el ocio ven las necesidades de la Iglesia,

deben aceptar gobernar el pueblo. Así mantendrán la buena fama de la vida contemplativa ante los fieles, pues todos comprenderán que desde esa vida han bajado a dispensar los misterios de Dios, no por propia voluntad, sino por la necesidad que han descubierto. Así se describe Agustín a sí mismo y a los que están en una situación semejante: "¿Qué es lo que pretendía en su corazón el religioso, qué ilusión acariciaba cuando la gracia le purificó de sus pecados, sino la búsqueda de la sabiduría? Los hombres huyen del siglo y corren a refugiarse en el retiro para alcanzar la contemplación. Quieren desposarse con Raquel (contemplación) y no con Lía (apostolado), lo mismo que Jacob. Pero a veces les acontece lo mismo que a Jacob: Lía, que por sí misma no es amable, debe ser aceptada por razón de su fecundidad. Entonces el siervo de Dios tiene que tolerar su propia unión con Lía y servir otros siete años por Raquel, que es de quien está enamorado. Viene huyendo del siglo en busca de la contemplación, cuando de repente le hacen víctima de un trueque doloroso: le obligan a aceptar un ministerio eclesiástico; le imponen un nuevo servicio; le obligan, como si dijéramos, a casarse con Lía. Entonces el siervo de Dios se entrega fervorosamente al servicio del apostolado. Las gentes ponderan su proselitismo ardoroso, pero... Este siervo de Dios lo oye todo, propala afanosamente la buena fama de los monasterios y mientras él tiene que contentarse con la compañía de Lía, hace cuanto está de su parte para que Raquel disfrute la hermosa fragancia de los frutos que apetece" (*Réplica a Fausto, el maniqueo* 22,58). No hay duda de que este texto tiene carácter autobiográfico y Agustín sufrió, en carne propia, el cambio doloroso que supuso aceptar el ministerio sacerdotal y episcopal cuando pensó siempre en una vida más dedicada a la contemplación.

En la vida presente se impone la acción apostólica. Es más, para poder gozar con María de la contemplación en la vida futura, es necesario empeñarse como Marta en las tareas diarias: "Marta, que recibió a Jesús en su casa, es la figura de la Iglesia de ahora, que recibe al Señor en su corazón. María, su hermana, que estaba sentada a los pies de Jesús, del Señor, y escucha su palabra, representa también la Iglesia, pero en el siglo futuro, donde, liberada de los cuidados del servicio a los pobres, se dedica exclusivamente a gozar de la sabiduría. Marta se ocupa de numerosas tareas, porque ahora la Iglesia debe cumplir sus tareas. Ella se queja de que su hermana no viene a ayudarla y da ocasión al Señor a mostrarnos esa Iglesia inquieta y turbada por multitud de cosas, mientras que una sola es necesaria. Allí se llega por estos trabajos. Declara que María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada, para hacernos comprender que es por medio de la primera que se llega a la segunda que nunca será quitada. En cuanto a estos trabajos, aunque sean buenos, ya no se harán cuando haya desaparecido la miseria que remediaban" (*Varios pasajes de los Evangelios* 20).

Agustín ve simbolizadas estas dos vidas en Lía y Raquel (*Réplica a Fausto, el maniqueo* 22,54-58), en Marta y María (*Sermón* 103, y 104), o en Pedro y Juan. Pero lo que Agustín busca es una solución armónica que evite los dos extremos: el quietismo ocioso que olvida al prójimo y el dinamismo desenfrenado que puede llevarnos a un activismo. Será la caridad la que armoniza los extremos y evita la

ruptura entre estos dos géneros de vida: "En relación con aquellos tres géneros de vida, el contemplativo, el activo y el mixto, cada uno puede, quedando a salvo la fe, elegir para su vida cualquiera de ellos, y alcanzar en ellos la eterna recompensa. Pero es importante no perder de vista qué nos exige mantener el amor a la verdad, y qué sacrificar la urgencia de la caridad. No debe uno, por ejemplo, estar tan libre de ocupaciones que no piense en medio de su mismo ocio en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios. En la vida contemplativa no es la vacía inacción lo que uno debe amar, sino más bien la investigación o el hallazgo de la verdad, de modo que todos -activos y contemplativos- progresen en ella, asimilando el que la ha descubierto y no poniendo reparos en comunicarla con los demás.(...) A nadie se le impide la entrega al conocimiento de la verdad, propia de un laudable ocio. En cambio, la apetencia por un puesto elevado, sin el cual es imposible gobernar un pueblo, no es conveniente, aunque se posea y se desempeñe como conviene. Por eso el amor a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia" (*La ciudad de Dios* 19,19).

A Pedro, después de la experiencia del Tabor, le invita Jesús a que trabaje por el bien de los hombres, como nos invita a cada uno de nosotros a estar en su Iglesia: "Desciende, Pedro. Querías descansar en la montaña, pero desciende, predica la palabra, insta oportuna e importunamente, arguye, exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, sufre algunos tormentos para poseer en la caridad, por el candor y la belleza de las obras buenas, lo simbolizado en las blancas vestiduras del Señor... Desciende a trabajar a la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. Descendió la vida para encontrar la muerte; bajó el pan para sentir hambre; bajó el camino para cansarse en el camino; descendió el manantial para tener sed, y ¿rehúsas trabajar tú? No busques tus cosas. Ten caridad, predica la verdad; entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad" (*Sermón* 78, 6).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Hasta qué punto mi testimonio cristiano interroga a los que viven cerca de mí?
- Agustín llegó a una síntesis vital entre acción y contemplación armonizadas por la caridad. ¿Qué podemos decir nosotros sobre esta necesaria fusión acción-contemplación?
- ¿Qué te parece la afirmación de que el servicio a Dios – apostolado – es el medio para poder gozar de Dios, contemplación?

